

enemigo ocupó las líneas, y al siguiente se posesionó de la ciudad y la rada.

Ocho días después, la escuadra francesa prisionera salió del puerto a velas desplegadas, llevando a bordo la guarnición, semejante a una pobre familia arrojada del hogar paterno.

La muchedumbre permaneció en el muelle en tanto pudo divisar la bandera francesa, y cuando la última fragata hubo desaparecido, cada cual se retiró sombrío y silencioso, no quedando en el puerto más que dos hombres: el mulato Pedro Munier y el negro Telémaco.

—Si el señor Munier quiere subirse a la montaña—dijo el negro,—todavía podremos ver a los señoritos Jacobo y Jorge.

—Tienes razón, mi buen Telémaco—profririó Munier,—y si no a ellos, a lo menos veremos la nave que se los lleva.

Pedro Munier echó a andar con la ligereza de un mozo, y en un instante trepó el morro de la Descubierta, desde la cúspide del cual pudo hasta la tardecica seguir con los ojos, no a sus hijos, pues la distancia era excesiva para que le fuese permitido divisarlos, sino a la fragata *Belona*, a bordo de la cual aquéllos se habían embarcado.

Efectivamente, Pedro Munier, aunque con dolor de su alma, había resuelto separarse de sus hijos y enviarlos a Francia bajo la protección del bravo general Decaén. Jacobo y Jorge, pues, acababan de partir para París, recomendados a dos o tres de los más ricos comerciantes de la capital, con quienes Pedro Munier estaba en relaciones mercantiles hacía largo tiempo. El pretexto de la partida de ambos niños fué su educación; la causa real de su ausencia el odio patente que Malmedie demostró a los dos desde el día del episodio de la bandera, odio que hacía estremecer

al desventurado padre y le hacía temer que, dado el carácter de aquéllos, de él fuesen víctimas tarde o temprano.

En cuanto a Enrique, su madre lo quería demasiado para separarse de él. Por otra parte, ¿qué más necesitaba saber el muchacho sino que todo hombre de color había nacido para respetarlo y obedecerlo?

Y esto, como hemos visto, Enrique ya lo sabía.

## IV

## CATORCE AÑOS DESPUÉS

Para la isla de Francia es día de fiesta el en que la vigía señala la presencia de un buque europeo que hace rumbo al puerto. Y es que privados largos años hace de la presencia maternal, la mayor parte de los habitantes de la colonia esperan con impaciencia nuevas de los pueblos, de las familias o de los hombres de ultramar; todos y cada uno esperan algo, y fijan, en cuanto lo divisan, los ojos en el mensajero marítimo que les trae carta de un amigo, o el retrato de una amiga, o personalmente la amiga o el amigo.

Porque aquella nave, objeto de tantos deseos y manantial de tantas esperanzas, es la efímera cadena que une Europa al Africa, es el puente volante echado de un mundo al otro; por eso no hay nueva que cunda más velozmente por toda la isla que esta, que parte de la cúspide del morro de la Descubierta: «Hay buque a la vista». Y decimos de la cúspide del morro de la Descubierta, porque comúnmente la nave, constreñida a buscar

viento del este, pasa por delante de Puerto Grande, ciñe la costa a dos o tres leguas, dobla el cabo de los Cuatro Cocos, se mete en el canal que separa la isla Llana del Punto de Mira, y pocas horas después de haber salido del canal, aparece en la entrada de Puerto Luis, cuyos habitantes, prevenidos desde la víspera por las señales que han atravesado la isla para anunciar su aproximación, la esperan en apretado haz en el muelle.

Por lo que expuesto dejamos acerca de la avidez con que todo el mundo espera en la isla de Francia nuevas de Europa, el lector no se admirará de la afluencia que, en límpida mañana de Febrero de 1824, a eso de las once, acudió a todos los sitios desde los cuales podía presenciarse la entrada en la rada de Puerto Luis de la *Leicester*, gallarda fragata de treinta y seis cañones, señalada desde las dos de la tarde del día antecedente.

El lector no llevará a mal que le hagamos entablar relaciones, o hablando con más propiedad, que se las hagamos anudar con dos de los pasajeros que la fragata conducía. Uno de ellos era rubio, blanco, de ojos garzos, facciones regulares, aspecto sosegado y estatura algo más que mediana, de treinta a treinta y dos años en la apariencia, aunque pasaba de los cuarenta. A primera vista, nada notable ofrecía el tal personaje, pero tampoco resaltaba en él cosa alguna que no estuviese en su punto. Si después de la primera mirada uno tenía cualquier motivo para continuar el examen de su persona, echábase de ver que tenía pies y manos pequeños y admirablemente formados, lo cual, en todas partes, y sobre todo en Inglaterra es señal de distinción. Su voz era clara y firme, pero sin cadencia, sin música digámoslo así; sus ojos de color azul celeste

a los que en circunstancias habituales podíase reprochar cierta falta de expresión, eran límpidos, pero al parecer no se fijaban en cosa alguna ni profundizaban nada. Sin embargo, nuestro personaje de tiempo en tiempo guiñaba los ojos como el hombre a quien fatiga el sol, acompañando este movimiento con una ligera separación de los labios, que entonces dejaban al descubierto dos hileras de dientes pequeños, bien alineados y blancos como perlas. Aquella especie de vicio quitaba, al parecer, a su mirada la poca expresión que tenía; pero si se le examinaba atentamente, advertíase que, al contrario, aquel era el momento en que su vista, sagaz y rápida, y despidiendo una llamarada entre sus aproximados párpados, iba a buscar el pensamiento de su interlocutor hasta lo más hondo de su alma. Casi todos los que por primera vez lo veían formaban pobre concepto de su inteligencia, y él, que no ignoraba que esta era la opinión general en que los hombres superficiales lo tenían, por cálculo o por indiferencia solía dejarlos en ella, persuadido como estaba de desengañarlos de tal engaño cuando a él se le antojase o las circunstancias lo reclamasen; porque aquella envoltura engañosa escondía un entendimiento clarísimo, como con frecuencia dos pulgadas de nieve esconden una cima de mil pies de profundidad; por eso aquel hombre aguardaba pacientemente y con la conciencia de su superioridad casi universal, que le ofreciesen la ocasión de triunfar. Entonces y tan buen punto encontraba en un pensamiento opuesto al suyo, así como en la persona que tal pensamiento emitía, campo para una lucha digna de él, se aferraba a la conversación que hasta aquel instante dejara vagar por todos sus caprichosos rodeos, se animaba poco a poco, se ex-

teriorizaba, se hacía grande cual era, cuanto más que su voz estridente y sus chispeantes ojos segundaban a las mil maravillas su lenguaje vivo, incisivo, matizado, a un tiempo seductivo y grave, deslumbrador y positivo; y si la ocasión no se presentaba, se pasaba sin ella, y continuaba siendo mirado como un hombre vulgar por cuantos lo rodeaban. No que le faltase amor propio; al contrario, en ciertas cosas llevaba su orgullo hasta la exageración; pero era un sistema que él se impusiera a sí mismo y del cual nunca se desviaba. Cuantas veces se explanaba en su presencia una proposición errónea, un pensamiento falso, una futilidad mal sostenida, en una palabra, una ridiculez cualquiera, la extremada agudez de su ingenio le hacía acudir al punto al pico de la lengua un sarcasmo incisivo o a los labios una sonrisa de burla; pero al instante refrenaba esa ironía externa, y cuando no era parte a sofocar del todo tal irrupción de desdén, disimulaba con uno de sus guiños habituales el ímpetu de zumba que le rebosaba a pesar suyo, sabiendo, como sabía, que la manera de verlo y oírlo todo, era aparentar ser ciego y sordo. Quizá, como Sixto V, hubiese también querido parecer paralítico; pero como eso le hubiera obligado a un disimulo excesivamente largo y fatigoso, había renunciado a ello.

Era, el otro personaje, un joven moreno, pálido, de larga cabellera negra, ojos grandes, negros, rasgados, maravillosamente terciopelados y tras cuya aparente suavidad se descubría la eterna preocupación de su pensamiento y un carácter firme. Si se arrebatava, lo cual era raro, pues toda su organización parecía obedecer a un poder moral más que a instintos físicos, entonces los ojos se le iluminaban con una llama interna y

despedían rayos cuyo foco parecía radicar en lo íntimo de su alma. Con tener correctas las facciones, hasta cierto punto carecían de regularidad, y la frente, aunque de un modelado enérgico, era armoniosa y estaba surcada por una ligera cicatriz casi imperceptible en el estado de calma que le era habitual, pero que resaltaba formando una blanca línea cuando el rostro se le ponía rubicundo. Además, le sombraba y ocultaba la boca, abultada y provista de admirables dientes, un bigote negro como sus cabellos y regular como sus cejas. El aspecto general de su fisonomía era grave, echándose de ver una reflexión profunda y una resolución inquebrantable en las arrugas de su frente, en el casi incesante fruncimiento de sus cejas, y en la severidad de sus facciones. No es de admirar, pues, que, al contrario de su compañero, que tenía las facciones lisas como las de una mujer, y que a pesar de sus cuarenta años apenas aparentaba treinta y dos, él, que no había cumplido aún los veinticinco, aparentase treinta. En cuanto al resto de su persona, era de estatura mediana y proporcionada, y si bien sus miembros no eran tal vez del todo robustos, era notorio que, animados por la emoción, había de reemplazar en ellos la fuerza una violenta tensión nerviosa. En cambio la naturaleza le había dado una agilidad y una destreza muy superiores a la robustez que le negara. Por lo demás, ataviado comúnmente con elegante sencillez, en el momento de entablar otra vez relaciones con él, vestía pantalones, chaleco y capote que por su forma revelaban haber salido de manos de uno de los más hábiles sastres de París, y en el ojal del capote ostentaba, anudadas con elegante negligencia, las cintas reunidas de la Legión de honor y de Carlos III.

Aquellos dos hombres se habían encontrado a bordo de la *Leicester*, que embarcara al uno en Portsmouth y al otro en Cádiz, y a la primera mirada ambos recordaron haberse visto en los salones de Londres y de París. Saludáronse, pues, como antiguos conocidos, aunque desde luego no se hablaron, pues no habiendo nunca sido presentados uno a otro, los dos se retuvieron movidos por la reserva aristocrática de la gente de buen tono, que aun en las circunstancias particulares de la vida titubean en salirse de las reglas impuestas por los miramientos generales. Con todo eso, el aislamiento de a bordo, la exigüidad del terreno en el cual se cruzaban diariamente, el atractivo natural que dos hombres de mundo sientan instintivamente el uno para el otro, no tardaron en acercarlos; y si al principio sólo cruzaron algunas palabras insignificantes, luego sus conversaciones fueron un poco más formales. Pocos días bastaron para que cada uno de ellos reconociese en su compañero a un hombre superior, y ambos felicitaronse de un encuentro de tanta monta en una travesía de más de tres meses; en una palabra, esperando mejor, trabaron una de esas amistades de circunstancias que, sin arraigo en lo pasado, son atractivas en lo presente, sin convertirse en un compromiso para lo venidero. Durante las interminables veladas del ecuador y las hermosas noches de los trópicos, ambos habían tenido tiempo de estudiarse mutuamente, y los dos echado de ver que en artes, ciencias y política, y sea por investigación o por experiencia, habían aprendido cuanto al hombre le es dado saber. Los dos habían, pues, quedado constantemente cara a cara como dos luchadores de igual fuerza; y en aquella larga travesía, sólo una ventaja gozó el primero sobre el segundo, y fué que en una bo-

rrasca que asaltara a la *Leicester* luego de haber doblado el cabo de Buena Esperanza, y en la cual el capitán de la fragata, herido por la caída de un mastelero de juanete, hubo de ser llevado sin sentidos a su camarote, el pasajero de los cabellos rubios se apoderó de la bocina, y, subiéndose al castillo de popa, en ausencia del segundo, gravemente enfermo, ordenó con la firmeza de quien está acostumbrado a mandar y con la ciencia de marino consumado, una serie de maniobras gracias a las cuales la fragata conjuró el ímpetu del huracán; luego, pasada la borrasca, su rostro, momentáneamente iluminado por el orgullo sublime que sube a la frente de toda criatura humana que lucha contra su creador, recobró su expresión ordinaria. Su voz, cuyo retumbante metal dominara el fragor del trueno y el silbo de la tormenta, bajó nuevamente a su sólito diapasón, y por último y con gesto tan sencillo cuanto poéticos y exaltados habían sido sus gestos precedentes, entregó al teniente la bocina, cetro del capitán de una nave y que, en manos de quien lo empuña, es el signo del mando absoluto.

Durante la borrasca, el compañero del hombre rubio, que en acatamiento a la verdad fuerza es decir que se mantuvo impassible, lo siguió con la mirada y con la expresión de envidia de quien se ve constreñido a reconocer en sí una inferioridad respecto de aquel a quien hasta entonces ha tenido por igual. Luego, pasado el peligro, y al reunirse de nuevo, limitóse a decirle:

—¿Conque ha sido usted capitán de marina, milord?

—Sí—respondió con sencillez el interpelado,— y aun digo que llegué a comodoro; pero hace seis años me dí a la diplomacia. ¿Qué quiere usted! en el momento de peligro me he acordado de mi antiguo oficio.

Los dos pasajeros no volvieron a hablar ya más de esta circunstancia; pero era visible que al más joven de ellos lo tenía interiormente humillado la superioridad que, por tan inesperada manera, su compañero había adquirido sobre él, y que él de fijo la habría ignorado a no haberse presentado la ocasión que en cierto modo le obligó a revelarla.

La pregunta y la respuesta que transcritas dejamos, indican que aquellos dos hombres no se habían interrogado mutuamente, durante los tres meses que juntos acababan de pasar, acerca de su representación social respectiva. Bastóles mirarse uno a otro como hermanos de inteligencia. Sabían que el término de su viaje era la isla de Francia, y nada más preguntaron.

Por lo demás, ambos parecían igualmente ganosos de llegar; los dos habían recomendado que les advirtiesen en cuanto se divisase la isla. La recomendación fué inútil para entrambos, pues el joven de negros cabellos se hallaba en la cubierta, apoyado en el coronamiento de popa, cuando el marinero de vigía profirió con voz potente estas palabras, que tan hondamente repercutían aún en los pechos de los marinos: «¡Tierra avante!»

A este grito, su compañero pareció en lo alto de la escalera, y llegándose al joven más apresuradamente que no solía, se puso de pechos a su lado.

—Y bien milord—profirió el joven,—ya hemos llegado, o a lo menos tal afirman; porque para vergüenza mía confieso que por más que escruto el horizonte, sólo veo una como ligera nube que así puede ser una cortina de bruma como una isla que arraigue en el fondo del Océano.

—Concibo que a usted le pase eso—contestó el de más edad,—pues únicamente la mirada de

un marino puede distinguir con certeza, sobre todo a tal distancia, el agua del cielo, y la tierra de las nubes.—Y guiñando los ojos, añadió: —Pero yo, antiguo hijo del mar, veo nuestra isla en todos sus contornos, y aun diré en todos sus pormenores.

—Es esta una nueva superioridad que sobre mí reconozco en usted, milord—repuso el joven; —pero a decir verdad, si tal no me lo asegurase usted lo pondría en tela de juicio.

—Tome usted un catalejo—articuló el marino, —y observe mientras yo a simple vista voy a describirle la costa: ¿me creará usted así?

—Milord—respondió el incrédulo,—sé que es usted en todo tan superior a los demás, que creo cuanto usted dice sin necesidad de que una usted prueba alguna a sus palabras; si tomo el catalejo que usted me ofrece, es más para satisfacer una necesidad de mi corazón que no un deseo de mi curiosidad.

—Ea—profirió riéndose el hombre rubio,—veo que el terral produce efecto; ¡pues no se vuelve usted lisonjero!

—¿Lisonjero yo, milord?—repuso el joven moviendo la cabeza.—Se engaña usted. Por quien soy que la *Leicester* hará más de un viaje de polo a polo y dará más de una vez la vuelta al mundo antes no vea usted operado en mí semejante cambio. No lo lisonjeo a usted milord; le agradezco las exquisitas atenciones de que me ha colmado durante esta interminable travesía, y aun me atrevo a decir la amistad que ha demostrado usted a un pobre desconocido como yo.

—Mi querido compañero—contestó el inglés tendiendo la mano al joven,—así para usted como para mí digo que en el mundo no hay más desconocidos que las gentes vulgares, los necios y

los bribones ; todo hombre superior es un pariente nuestro, un miembro de nuestra familia, doquiera lo encontremos. Esto expuesto, demos de lado con los cumplidos, amigo mío ; tome usted este catalejo y mire, pues avanzamos con tal rapidez, que a no tardar no tendrá mérito alguno el hacer la pequeña demostración geográfica de que me he encargado.

El joven miró con el catalejo.

—¿Ve usted?—preguntó el inglés.

—Claramente—respondió el joven.

—¿Ve usted a nuestra extrema derecha y parecida a un cono aislado en medio del mar, la isla Redonda?

—Con toda limpieza.

—¿Ve usted, más acá, la isla Llana, al pie de la cual pasa en este instante una corbeta que, en su corte, parece de guerra? Esta tarde estaremos donde ella está y navegaremos en las aguas por donde ahora ella navega.

El joven bajó el catalejo, y se esforzó en descubrir a simple vista los objetos que su compañero con tanta facilidad distinguía, y que él apenas los veía con ayuda del tubo que tenía en la mano ; luego y con sonrisa de admiración repuso :

—¡ Es maravilloso !

—¿Ve usted—prosiguió el inglés cuando el joven hubo asestado nuevamente su catalejo a la costa ;—ve usted el Punto de Mira, que desde aquí casi se confunde con el cabo Desgraciado, de tan triste y poética memoria? ¿Ve usted el pitón de Bambú, tras el cual se levanta la montaña de la Loza? ¿Ve usted la montaña de Puerto Grande, y, a su izquierda, el morro de los Criollos?

—Sí, lo veo y lo conozco—respondió el joven, —pues todos aquellos picachos, todas aquellas ci-

mas son familiares a mi infancia, y los he conservado en la memoria con la religión del recuerdo. Pero usted—añadió el joven, cerrando el catalejo, —no ve por primera vez esa costa, y tengo para mí que más que la realidad juega la memoria en la descripción que acaba usted de hacerme.

—Es verdad—repuso el inglés sonriéndose,— y veo que con usted huelga el charlatanismo. Sí, he visto ya otra vez esa costa, y hablo un poco de memoria, por más que los recuerdos que esa tierra me dejó sean probablemente menos gratos que los que en usted despierta. Sí, vine a esa isla en un tiempo en que indudablemente éramos enemigos, mi querido compañero, pues de esto hace catorce años.

—Que es cabalmente el tiempo en que yo me salí de la isla de Francia—contestó el joven de los cabellos negros.

—¿Estaba usted todavía en ella cuando se dió la batalla naval en Puerto Grande, y de la que debiera no hablar, no fuese sino por orgullo nacional, pues sufrimos en ella una espantosa derrota?

—¡ Oh ! hable usted de ella, hable usted de ella—exclamó el joven ;—han ustedes con tanta frecuencia tomado el desquite, que casi es motivo de orgullo el confesar una derrota.

—Pues bien, yo vine a esa isla en aquel entonces, pues en aquel entonces servía en la marina.

—¿Como aspirante?

—No, señor, como teniente de fragata.

—Usted perdone, pero en aquel tiempo era usted un niño.

—¿Cuántos años me echa usted?

—Los dos casi somos de una misma edad ; apenas si tiene usted treinta años.

—Me zumban ya los cuarenta, amigo mío—re-

puso el inglés sonriéndose;—ya he dicho a usted hace poco, que está usted hoy muy lisonjero.

El joven, maravillado, miró entonces con más atención que hasta entonces a su compañero, y en las ligeras arrugas marcadas en los ángulos de los ojos y en las comisuras de los labios, vió que efectivamente podía tener aquél la edad que decía y que tan poco aparentaba. Luego, dejando su examen para tornar a la pregunta que el inglés le dirigiera, dijo:

—Sí, señor, me acuerdo de aquella batalla y de otra que se dió en el extremo opuesto de la isla. ¿Ha estado usted en Puerto Luis, milord?

—No, señor, sólo conozco este lado de la isla. En la batalla de Puerto Grande fui gravemente herido y me trasladaron prisionero a Europa. Desde entonces no he vuelto a ver, hasta ahora, los mares de la India, donde probablemente voy a pasar mucho tiempo.

Como si las últimas palabras que hablan cruzado hubiesen despertado en ambos interlocutores un manantial de íntimos recuerdos, los dos se separaron maquinalmente, y el uno se fué a meditar en silencio a proa, y el otro junto al timón.

Al siguiente día de la conversación que acabamos de transcribir, después de haber doblado la isla del Ambar y pasado a la hora predicha junto a la isla Llana, la fragata *Leicester* entró, como se expone al principio de este capítulo, en la rada de Puerto Luis, en medio de la afluencia habitual que concurría a la llegada de todo buque europeo. Pero ahora la afluencia era mayor que de costumbre, pues las autoridades de la colonia esperaban al futuro gobernador de la isla, quien, en el momento en que la fragata dobló la isla de los Toneleros, se subió a la cubierta ostentando el uniforme de gala de oficial general. Hasta en-

tonces, pues, el joven de los cabellos negros no conoció la graduación política de su compañero de viaje, del que únicamente conocía el título aristocrático. En efecto, el rubio inglés no era otro que lord Guillermo Murrey, individuo de la cámara alta, el cual, después de haber sido sucesivamente marino y embajador, acababa de ser nombrado gobernador de la isla de Francia por su majestad británica.

Ya el lector ha conjeturado probablemente que lord Murrey no es otro que el joven teniente a quien entrevió a bordo de la *Nereida*, tendido a los pies de su tío el capitán Villougby, herido en el costado por un casco de metralla, y de quien anunciamos no sólo la curación, pero también la reaparición próxima como uno de los principales personajes de esta verídica historia.

En el momento de separarse de su compañero, lord Murrey se volvió hacia él y le dijo:

—De molde, caballero, dentro de tres días doy un banquete a las autoridades de la isla, y espero me honre usted con su asistencia a él.

—Con verdadera satisfacción, milord—respondió el joven;—pero antes de aceptar, es del caso que vuestra gracia sepa quién soy...

—Ya se hará usted anunciar al entrar en mi casa, caballero—atajó lord Murrey;—entonces sabré quién es usted; entretanto sé cuánto vale usted, y esto me basta.

Dijo lord Murrey, saludó con la mano y con una sonrisa a su compañero de viaje, se bajó al esquife de gala con el capitán, se alejó de la fragata al veloz y vigoroso impulso de diez remeros, y a poco saltó en tierra junto a la fuente del Perro de Plomo. Los soldados, formados en batalla, presentaron las armas, resonó el parche, retumbaron los cañones de los fuertes y los de la *Leicester*, y,

parecidos a un eco, respondieron los de los otros buques, mientras la muchedumbre daba calurosos vivas a lord Murrey, que después de haber saludado graciosamente a los que tan honrosa recepción le hacían, se encaminó a palacio rodeado de las primeras autoridades de la isla. Y, sin embargo, aquellos que ahora festejaban al representante de su majestad británica y aplaudían a su llegada, eran los mismos que, catorce años antes, lloraron la salida de los franceses; pero catorce años son años; la generación antigua había desaparecido en parte, y la generación nueva no conservaba el recuerdo de lo pasado sino por ostentación y como se conserva un viejo documento de familia. Habían pasado catorce años, repetimos, más que suficientes para olvidar la muerte del mejor amigo, para violar un juramento, y más que no se necesitan para matar, enterrar y cambiar el nombre de un gran hombre o el de una gran nación.

## V

## EL HIJO PRÓDIGO

La muchedumbre siguió con la mirada a lord Murrey hasta que éste hubo entrado en el palacio del gobierno, y una vez cerradas tras aquél y su comitiva las puertas del palacio, convirtió los ojos hacia la fragata.

En aquel momento el joven de los cabellos negros descendía a la vez, y así como antes el gobernador, ahora fué él el objeto de la curiosidad de todos. Con efecto, los espectadores habían vis-

to como lord Murrey le hablaba amistosamente y le apretaba la mano; por donde la muchedumbre coligió, con su sagacidad consuetudinaria, que aquel extranjero era algún joven señor perteneciente a la alta aristocracia de Francia o de Inglaterra. Y esta probabilidad se trocó en certeza a vista de las dos cintas que adornaban su ojal, una de las cuales no puede menos de confesarse que era a la sazón menos prodigada que en la actualidad. Por lo demás, los habitantes de Puerto Luis tuvieron tiempo de examinar a sus anchas al recién llegado; el cual, después de haber mirado a todas partes como si hubiese esperado hallar a alguno de sus amigos o parientes en el muelle, se detuvo a orillas del mar, esperando que desembarcasen los caballos del gobernador; luego, terminada esta operación, un criado de color prieto, vestido a la usanza de los moros africanos, y con el cual el extranjero cruzó algunas palabras en una lengua extraña, equipó dos a la manera árabe, y cogiéndolos a los dos del diestro, pues no podía uno fiar todavía en sus entumecidos remos, siguió a su amo, que ya se había encaminado a pie hacia la calzada, mirando en torno de sí, como si hubiese esperado ver presentarse de improviso, en medio de tanto rostro para él indiferente, una cara amiga.

Entre los grupos que esperaban a los pasajeros en el sitio apellidado característicamente la Punta de los Charlatanes, había uno cuyo centro lo formaban un corpulento individuo de cincuenta a cincuenta y cuatro años, entrecano, de facciones vulgares, voz chillona y patillas puntiagudas y unidas a las comisuras de los labios, y un bizarro mozo de veinticinco a veintiséis años. El hombre ostentaba redingote de merino castaño, pantalones de color de nangua, chaleco azul y sombrero negro.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1825 MONTERREY, MEXICO

qué blanco, corbata de picos bordados y larga chorrera de encaje; el mozo, de facciones algo más marcadas que su vecino, y que tenían con las de éste un parecido tan maravilloso que era evidente que uno y otro estaban unidos por vínculos de parentesco los más próximos, llevaba sombrero cenizoso, un pañuelo de seda anudado negligentemente al cuello, y ostentaba chaleco y pantalones blancos.

—Ahí un mozo garrido—dijo el hombre corpulento mirando al viajero de cabellos negros, que en aquel instante pasaba a poca distancia del grupo,—y si se queda en la isla, aconsejó a nuestras madres y a nuestros maridos que vigilen a sus hijas y a sus mujeres.

—Hermoso caballo—repuso el joven calándose un monóculo;—o mucho me engaño o es de pura sangre árabe.

—¿Conoces tú a ese caballero, Enrique?—preguntó el de la chorrera.

—No, padre; pero si quiere vender su caballo, yo me sé quien le dará por él mil pesos duros.

—Enrique Malmedie, ¿no es eso, hijo mío?—dijo el hombre corpulento,—y harás bien en satisfacer este capricho si el caballo te gusta, pues estás rico.

Indudablemente el viajero oyó el ofrecimiento de Enrique y la aprobación del de la chorrera, pues repulgó con desdén los labios y fijó en el padre y en el hijo una mirada de altivez no exenta de amenaza; luego, sin duda más instruido respecto de ellos que no ellos respecto de él, siguió adelante susurrando:

—¡ Todavía ellos! ¡ siempre ellos!

—¿Qué nos quiere ese pisaverde?—preguntó Malmedie a los que lo rodeaban.

—No lo sé, padre—respondió Enrique;—pero

la primera vez que nos encontremos con él, si vuelve a mirarnos como ahora se lo preguntaré.

—¡Cómo ha de ser!—repuso Malmedie como compadeciendo la ignorancia del viajero,—el pobre muchacho no sabe quiénes somos.

—Si no lo sabe yo se lo enseñaré—susurró Enrique.

Entretanto el viajero, cuya mirada de desdén despertara este amenazador coloquio, y que, al parecer, eso se le diera de la impresión que causara su paso, continuó adelantándose hacia la muralla sin dignarse volver atrás los ojos, y al llegar a un tercio del jardín de la Compañía, llamó la atención un grupo formado en un puentecito que unía el jardín con el patio de una casa elegante, y en el centro del cual se hallaba una doncella de quince a diez y seis años, tan maravillosamente hermosa, que el viajero, indudablemente artista y, por tanto, amorador de lo bello, se detuvo a contemplarla. Aunque en el umbral de su casa, la doncella, que indudablemente pertenecía a una de las familias más acaudaladas de la isla, tenía junto a sí una aya europea, que en sus largos cabellos rubios y en la diafanidad de su piel echábase de ver que era inglesa, mientras un negro de edad más que madura, entrecano, y con blusa y pantalones de cotón blancos, estaba con los ojos puestos en ella, y, por decirlo así, con un pie levantado para ejecutar sin demora la orden más insignificante.

Como todo se agranda por el contraste, quizás aquella beldad por nosotros calificada de maravillosa se aventajaba aún más contrapuesta a la fealdad del personaje que estaba en pie, mudo e inmóvil ante ella, y con el cual se esforzaba en entablar negociaciones respecto de uno de esos lindísimos abanicos de marfil calado, transparentes y frágiles como el encaje.

Con efecto, el que en presencia de la doncella estaba era un individuo huesudo, de piel amarilla y ojos oblicuos, tocado con ancho sombrero de paja, del cual arrancaba, como una muestra de los cabellos de que hubiera podido estar cubierto el cráneo a que servía de abrigo, una larga trenza que llegaba hasta la mitad de la espalda de su dueño. El cual ostentaba pantalones de algodón azul que le cubrían hasta las pantorrillas y una blusa de igual tela y color que le llegaba hasta la mitad de los muslos, y a sus pies tenía un bambú largo de una toesa con una cesta en cada uno de sus extremos, al peso de las cuales, el bambú, cuando el individuo aquel lo llevaba al hombro, se cimbraba como un arco. Aquellas cestas estaban colmadas de esas mil baratijas que así en las colonias como en Francia, en el tenducho al aire libre del comerciante de los trópicos como en las elegantes tiendas de Alfonso Giroux y de Susse, trastornan el juicio a las doncellas y aún algunas veces a sus madres. Ahora bien, como hemos dicho, la hermosa criolla, en medio de aquellas maravillas desparramadas sobre una estera tendida a sus pies, por el pronto se fijó en un abanico en que figuraban casas, pagodas y palacios estrambóticos, perros, leones y pájaros fantásticos, y hombres, buques y animales que nunca han existido más que en la extravagante imaginación de los habitantes de Cantón y de Pekín. La doncella preguntaba, pues, sencillamente, el precio de aquel abanico. Pero aquí estaba la dificultad. El chino, poco hacía desembarcado, no conocía pizca el francés, el inglés ni el italiano, ignorancia que se echaba de ver claramente en su silencio y en las tres peticiones que sucesivamente se le habían dirigido en aquellas tres lenguas; y su ignorancia era ya tan notoria en

la colonia, que el habitante de las orillas del río Amarillo no era conocido en Puerto Luis más que con el nombre de *Miko, Miko*, únicas palabras que él pronunciaba al recorrer las calles de la ciudad con su largo bambú cargado de cestas, y que, según toda probabilidad, querían decir: *Compren, Compren*. Así pues, las relaciones que hasta entonces se habían establecido entre Miko Miko y sus parroquianos eran pura y simplemente relaciones de gestos y señas. Ahora bien, como la doncella nunca había tenido ocasión de hacer un estudio profundo de la lengua del padre L'Epée, no sabía cómo comprender a Miko Miko ni cómo darse a comprender de él.

Este fué el momento en que nuestro viajero se acercó a la doncella, diciéndole:

—Usted perdone, señorita, pero al ver el apuro en que usted está, me atrevo a ofrecerle mis servicios: ¿puedo ser a usted útil en algo? ¿se digna usted aceptarme como intérprete?

—¡Oh, caballero!—repuso el aya, mientras las mejillas de la doncella se arrebolaban con el más hermoso carmín,—agradezco a usted infinito su ofrecimiento; diez minutos hace que la señorita Sara y yo agotamos nuestra ciencia filológica para hacernos comprender de ese hombre. Le hemos hablado en francés, en inglés y en italiano, y ni por esas.

—Puede que el caballero hable alguna de las lenguas que ese hombre, señora Enriqueta—profriró la doncella,—y tanto suspiro por el abanico ese, que si el caballero consigue decirme el precio, me hará un favor señalado.

—Ya ve usted que eso es imposible—contestó el aya;—ese hombre no habla lengua alguna.

—A lo menos habla la de la tierra donde ha nacido—objetó el viajero.

—Sí, pero ha nacido en China, ¿y quién habla chino?

El viajero se sonrió, y, volviéndose hacia el mercader, le dijo algunas palabras en lengua extranjera.

En vano intentaríamos pintar la expresión de asombro con que se animaron las facciones de Miko Miko cuando resonaron en sus oídos como el eco de una música lejana los acentos de su lengua materna. El mercader dejó caer el abanico que tenía en las manos, y abalanzándose con la mirada fija y la boca abierta al que acababa de dirigirle la palabra, le asió la mano y se la cubrió de besos; luego, al oír que el viajero le repetía la pregunta, se decidió a responder; pero con una expresión en la mirada y una inflexión tal en la voz, que formaron el más singular contraste que imaginar se puede; porque con el gesto más enternecido y sentimental del mundo, acababa de decirle buenamente el precio del abanico.

—Vale veinte libras esterlinas, señorita,—dijo el viajero volviéndose hacia la doncella;—unos noventa pesos fuertes.

—Mil gracias, caballero—respondió Sara sonrojándose otra vez.

Y volviéndose hacia su aya, añadió en inglés:

—¿No es una fortuna, señora Enriqueta, que el caballero hable la lengua de ese hombre?

—Y sobre todo, asombroso—repuso el aya.

—Y sin embargo, es lo más sencillo, señora—profririó en la misma lengua el viajero.—Mi madre murió antes de haber cumplido yo tres meses, y diéronme por nodriza una pobre mujer de la isla Formosa que servía en nuestra casa. Su lengua es, pues, la primera que baluceé; y aunque no se me hayan presentado repetidas ocasiones de hablarla, he retenido de ella, como ustedes han vis-

to, algunas palabras, de lo cual me congratularé mientras viva, pues gracias a ellas he podido prestar a ustedes este pequeño servicio.

Dijo el viajero, dió al chino una onza de oro, y haciendo señas a su criado de que lo siguiese, anudó su marcha después de haber saludado cortésmente a la señorita Sara y a la señora Enriqueta.

El viajero siguió la calle de Moca; pero apenas se hubo avanzado una milla en el camino que lleva a las Pajas, y hubo llegado al pie de la montaña de la Descubierta, se detuvo prontamente, y clavó los ojos en un banco construido a media pendiente de la montaña, en el cual banco, inmóvil como una estatua, con las manos en las rodillas y la mirada fija en el mar, estaba sentado un anciano. El viajero miró por un instante y como titubeando a aquel hombre; luego y como si a la duda hubiese sustituido la convicción más plena, susurró:

—Es él, sí, es él. ¡Válgame Dios! ¡qué mudado está!

Tras estas palabras y en mirando todavía al anciano por breve espacio y con singular interés, el joven tomó un camino para llegarse a aquél sin ser visto, maniobra que ejecutó felizmente, después de haberse detenido dos o tres veces para oprimirse con la mano el pecho como para dar tiempo a que se calmase la profunda emoción que lo embargaba.

Respecto del anciano, no se movió a la aproximación del viajero, como si no hubiese oído el rumor de sus pisadas; pero no era así; apenas el joven se hubo sentado en el banco que él, volvió la cabeza en su dirección, lo saludó con timidez y dió algunos pasos para alejarse.

—No se moleste usted por mí, caballero—profririó el joven.

El anciano volvió a sentarse inmediatamente, no en mitad del banco, sino a su extremo.

Joven y anciano guardaron por breve espacio el más profundo silencio, el segundo con la mirada fija en el mar, el primero con los ojos puestos en el anciano.

Por fin, al cabo de cinco minutos de muda y honda contemplación, el viajero dijo a su vecino:

—Caballero, es indudable que no estaba usted allí cuando, hace hora y media, la *Leicester* ha anclado en el puerto.

—Sí, estaba allí—contestó el anciano con voz humilde y haciendo un ademán de asombro.

—¿Luego no despertaba en usted interés alguno la llegada de aquel buque procedente de Europa?

—¿Por qué me hace usted esta pregunta?—exclamó el anciano con admiración cada vez mayor.

—Porque de haber despertado en usted poco o mucho interés aquel buque, no se habría usted quedado aquí; se habría usted bajado al puerto como los demás.

—Se engaña usted, caballero,—replicó el anciano moviendo a una y otra parte la cabeza;—al contrario, tal espectáculo me interesa más que a todos. Hace catorce años que cuantas veces llega buque, sea cual fuere su procedencia, vengo para ver si me trae carta de mis hijos, o a mis hijos; y como el estar largo tiempo en pie me fatiga grandemente, por la mañana vengo a sentarme en este banco, en el mismo sitio desde el cual los ví partir, y paso aquí todo el día, hasta haberse retirado todos y no quedarme ya esperanza alguna.

—¿Pero por qué no se baja usted hasta el puerto?

—Así lo hice los primeros años; pero enton-

ces conocía demasiado pronto mi suerte; y como cada nueva decepción se me hacía más amarga, acabé por detenerme aquí, enviando en mi lugar a mi negro Telémaco. Así la esperanza es más larga. Si Telémaco tarda poco en volver, al verlo regresar aliento la esperanza de que viene a anunciarme la llegada de mis hijos; si prolonga su regreso, me persuado de que espera carta. Pero suele tornar con las manos vacías. Entonces me levanto y me vuelvo solo como he venido, entro en mi desierta casa, y paso la noche llorando y diciendo entre mí: «Será la próxima vez».

—¡Pobre padre!—susurró el joven.

—¡Qué! ¿me compadece usted, caballero?—preguntó el anciano con extrañeza.

—Sí, señor.

—¿Luego ignora usted quién soy?

—Es usted hombre, y padece.

—Pero soy mulato—profririó el anciano en voz baja y profundamente humillado.

—Y yo también—repuso el joven encendiéndosele la frente.

—¿Usted?—exclamó el anciano.

—Yo.

—¿Usted es mulato?—articuló el anciano mirando con asombro la cinta encarnada y la cinta azul y blanca que su interlocutor ostentaba en el ojal de su capote.—Ya no me admira su compasión para conmigo. Le he tomado por un blanco; pero desde el instante en que es usted hombre de color como yo, ya es distinto: es usted un amigo; un hermano.

—Dice usted bien—repuso el joven tendiendo ambas manos al anciano,—un amigo, un hermano.

Y en voz remisa y mirando con inefable ternura a su interlocutor, añadió:

—Y quizá más aún.

—Así pues, puedo decirselo a usted todo—continuó el anciano.—¡Ah! conozco que el hablar de mi dolor me aliviará el alma. Figúrese usted, caballero, que tengo, o mejor dicho tenía, pues sólo Dios sabe si ambos viven aún; figúrese usted que tenía dos hijos a quienes quería con todo el amor de que es capaz un padre, sobre todo a uno de ellos.

El viajero se estremeció y se acercó al anciano.

—Esto le admira a usted, ¿no es verdad? le admira que establezca yo una diferencia entre mis dos hijos y que prefiera el uno al otro. Ya yo sé que esto no debe ser, que es injusto; pero me abona que el preferido era el más joven, el más endeble.

El viajero se llevó la mano a la frente, y aprovechando el instante en que su interlocutor, avergonzado de la confianza que acababa de hacer, volvía el rostro, se enjugó una lágrima.

—¡Oh! si usted hubiese conocido a los dos—continuó el anciano,—comprendería eso. No es que Jorge, el menor, fuese el más hermoso, al contrario, su hermano Jacobo lo aventajaba grandemente en este punto; pero en su endeble cuerpo encerraba un espíritu tan inteligente, tan ardoroso y firme, que de haberlo puesto yo en el colegio de Puerto Luis con los otros niños, me persuadido que los habría aventajado a todos con no tener más allá de doce años.

Por un instante al anciano le brillaron de orgullo y entusiasmo los ojos; pero esta mudanza tuvo sólo la duración del relámpago, su mirada había cobrado nuevamente su expresión vaga, temerosa y apagada, cuando añadió:

—Pero aquí no me era posible ponerlo en el colegio, pues está fundado para los blancos y nosotros somos mulatos.

Ahora fué la fisonomía del joven la que se iluminó, la que se encendió con una llamarada de desdén y de cólera salvaje.

El anciano, sin advertir la expresión que tomara el rostro de su interlocutor, prosiguió:

—Por eso envié a los dos a Francia, esperando que la educación modificaría los instintos vagabundos del mayor y domeñaría la excesiva entereza de carácter del segundo; pero por lo que se ve, Dios no aprobó mi resolución, pues Jacobo, en un viaje que hizo a Brest, se embarcó a bordo de un corsario, y de entonces acá sólo he vuelto a saber de él tres veces, y cada una de ellas de un punto opuesto del globo. En cuanto a Jorge, a medida de los años, ha dado vuelo al germen de inflexibilidad que tanto me asustaba en él. Este me ha escrito con más frecuencia, ya desde Inglaterra, ya desde Egipto, ya desde España, pues también ha viajado mucho, y aunque sus cartas están muy bien escritas, no me he atrevido a mostrarlas a nadie.

—¿Así pues, ninguno de los dos ha hablado a usted del tiempo de su regreso?

—Nunca; y ¿quién sabe si nunca jamás volveré a verlos! porque por más que el día en que yo volviese a verlos sería el más feliz de mi vida, nunca les he escrito que se tornasen. Si se quedan donde están, es señal de que donde están son más dichosos que lo serían aquí, y si no les aguija el deseo de ver nuevamente a su anciano padre, prueba que en Europa han hallado personas a quienes quieren más que a él. Cúmplase, pues, su voluntad, sobre todo si esto ha de llevarlos a la dicha. Con todo eso, aunque a los dos los añoro por un igual, hallo a faltar más a Jorge, y él es quien más me apesadumbra al no hablarme de su regreso en carta alguna.

—¡Quién sabe, caballero!—repuso el joven haciendo vanos esfuerzos para señorear su emoción; —tal vez Jorge quiera dar a usted una sorpresa y hacerle terminar felizmente un día empezado en la espera.

—¡Ojalá Dios!—exclamó el anciano levantando los ojos y las manos al cielo.

—Quizá—continuó con voz cada vez más conmovida el joven,—quiera llegarse a usted sin que usted lo conozca, y gozar de esta suerte, de la presencia, del amor y de las bendiciones de usted.

—¡Ah! sería imposible que yo no lo conociese.

—Y sin embargo, no me ha conocido usted, padre—exclamó el joven no pudiendo refrenar por más tiempo los afectos que lo agitaban.

—¡Usted!... ¡tú! ¡tú!—exclamó a la vez el anciano envolviendo con mirada de avidez a su interlocutor, temblando de los pies a la cabeza y sonriéndose en señal de duda. Y luego añadió:

—No, usted no es Jorge; se parece usted a él, sí; pero él no es alto ni gallardo como usted; Jorge no es más que un niño, y usted es un hombre.

—Soy yo, soy yo, padre; míreme usted bien—exclamó Jorge;—recuerde que han pasado catorce años, que en la actualidad tengo veintiseis, y si todavía usted duda, mire esta cicatriz de mi frente, huella del sablazo que me dió el señor de Malmedie el día en que usted conquistó tan gloriosamente una bandera inglesa. ¡Oh! abrázame usted, padre, y luego que me haya abrazado y apretado contra su corazón ya no dudará de que sea yo su hijo.

Dichas estas palabras, el joven echó los brazos al cuello del anciano, que, ora alzando los ojos al cielo, ora mirando a su hijo, no se resolvía a dar crédito a tanta felicidad, ni se decidió a abra-

zar al garrido mozo hasta haberle éste repetido innumerables veces que era su hijo.

En esto pareció Telémaco al pie de la montaña de la Descubierta, con los brazos caídos, apagados los ojos y la cabeza agobiada, desesperado de llegarse nuevamente a su amo sin llevarle nueva alguna de Jorge o de Jacobo.

## VI

## TRANSFIGURACIÓN

Dejemos ahora a Pedro Munier y a Jorge entregados a la dicha del regreso, y, retrocediendo, sigamos la transfiguración física y moral operada en el espacio de catorce años en el héroe de esta historia, a quien hemos entrevisto niño y al cual acabamos de mostrar en la flor de la juventud.

Al principio nos propusimos trasladar únicamente el relato que de los acaecimientos de aquellos catorce años, hizo Jorge a su padre; pero luego reflexionamos que siendo aquel relato una historia de pensamientos íntimos y de sensaciones secretas, podría con razón desconfiarse de la veracidad de un hombre del carácter de Jorge, mayormente cuando el hombre ese habla de sí mismo. Hemos resuelto, pues, contar personalmente y a nuestra guisa, esta historia, conocida de nosotros en sus más mínimos ápices, previa promesa de que, no estando nuestro amor propio interesado en el asunto, no vamos a ocultar sensación alguna buena o mala, pensamiento alguno digno o vergonzoso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO